

Lo que sea de cada quien

Efraín Huerta no ha muerto

Vicente Leñero

Por Rubén Salazar Mallén conocí a Efraín Huerta. Ambos formaban con Jesús Arellano un trío feroz. Se reunían de vez en cuando en el Café Palermo de la calle de Humboldt y practicaban entre gracejos el arte del sarcasmo para zaherir a los pontífices de la cultura y a sus prosélitos. Primero a Alfonso Reyes, por supuesto. En punto y seguido a Octavio Paz.

En ocasiones llegaba por ahí Juan Rulfo, y el ingenio de las ironías y de los chismes se cuadruplicaba.

Bebían además con irrefrenable entusiasmo. Una noche Efraín me invitó a su casa —allá por la colonia Álamos, me parece— para celebrar su cumpleaños. No sé cómo regresé intacto a mi casa en el enorme cuatropuertas negro que conducía Salazar Mallén: Salazar *vaivén*, le decíamos, porque una puñalada apopléjica lo había enchuecado desde la cara hasta las piernas. Y así manejaba, con torpeza inaudita; y así vivía derrochando generosidad para con los jóvenes alejados de las mafias.

Pocos escritores de “los viejos” de entonces me infundieron tanta confianza en mí mismo como Salazar Mallén y Efraín Huerta. Los ajetreos del tiempo me alejaron de ellos, pero nunca los olvidé.

De Efraín Huerta recuerdo la única reseña positiva que se publicó de mi novela *Estudio Q*. Aunque perdí el recorte de la revista *Hoy*, sigo teniendo presente la última frase: *No es un libro excepcional, es un libro muy bueno*.

Muchos años después conocí a su hijo David Huerta: amigo de Armando Ponce e inseparable de Jorge Aguilar Mora. Admiraba en ambos su pasión por las palabras, su destreza de prosistas, ese rigor literario que se hizo manifiesto en dos libros



Efraín Huerta por Lola Álvarez Bravo

excepcionales, éstos sí: *Incurable* de David y *Cadáver lleno de mundo* de Aguilar Mora.

Invitamos a David Huerta a colaborar en las páginas de cultura de *Proceso*, y él no dejó de hacerlo hasta que un atrabancado desplante de mi parte me llevó a chisparlo de la revista bajo el cargo de que sus colaboraciones no eran “estrictamente periodísticas”.

Antes de tan vergonzoso incidente —que David no debió perdonarme— nuestra relación era magnífica, como lo ha vuelto a ser ahora. Los jueves por la noche, durante el primer cierre de cada edición de *Proceso*, nos escapábamos a meren-

dar en un Vips y a chismear de literatura con Armando Ponce, Federico Campbell, Miguel Ángel Flores, Carlos Ramírez...

Durante esas reuniones del “mollete literario” solía preguntar a David sobre la salud de su padre. A Efraín le habían practicado una brutal laringectomía para extirparle un cáncer en la garganta y se había quedado prácticamente mudo. Sufría pero conservaba su prodigioso humor negro:

“Me voy a ir a vivir con Elías Nandino —susurraba Efraín a su hijo—; él se está quedando sordo y yo mudo: seremos la pareja perfecta”.

La noche en que Efraín Huerta murió, fui a casa de David con Armando Ponce y Miguel Ángel Flores para acompañarlo en su duelo. Lo encontramos devastado y sumamente ebrio. No era fácil conversar.

Después de quince o veinte minutos de frases tropezadas, de incoherencias, decidí retirarme. David me detuvo. Su gesto me pareció retador. Quizá sediento de escuchar algo que atemperara su desbarrancamiento, pensé después.

—A ver a ver, dime. Quiero saber qué piensan los creyentes de la muerte.

Me pasmé por segundos. Resultaba más que inoportuno soltar un rollo sobre la vida eterna en la que tanto él como Efraín descreían por convicción.

Tragué saliva. Me atreví. Dije lo obvio:

—Para los creyentes, los seres humanos no mueren. Lo que existe no deja de existir; se transforma, resucita. En eso confiamos, David. Tu padre no está muerto.

Me miró con los ojos anegados, tras los lentes. No sé si con abulia. No sé si con dolor y más dolor; ahora sí que incurable, como el título de su enorme poema. **U**